

¡Incluye fichas,
páginas con valores
y antología literaria!

PRÁCTICAS DEL LENGUAJE

3

EL ÁRBOL VERDE LIMÓN



Kapelusz



Una tarde de aventuras



El sol estaba radiante en Salta. La camioneta del papá de Cata esperaba en marcha en la puerta. ¡Por fin había llegado el día! Ema, Nacho, Leo y Cata iban a visitar el campo de Molinos. Aunque Molinos queda a doscientos kilómetros de la ciudad, a los chicos el viaje se les pasa rapidísimo. ¡No paran de hablar!

—¡Me encantan las vicuñas! ¿Vieron los ojazos que tienen? —dijo Ema.

—A mí, lo que más me gusta es cuando la gente va a haciendo un círculo grande alrededor de los animales y, después, lo van cerrando, cada vez más chiquito... hasta que los meten en el corral —comentó Nacho.

—Sí —agregó Leo—, es un momento impresionante. ¡Ojalá lleguemos a tiempo para verlo!

—Claro —dijo Cata—. Lo mejor es que así cuidan a los animales y, después de sacarles la lana, los vuelven a soltar... porque las vicuñas tienen que vivir en libertad.

Cuando sea grande, Cata quiere ser veterinaria como su papá. Siempre que puede lo acompaña, pero lo que más le gusta es ir con él a Molinos, porque es un lugar muy especial. Ese campo es de todos los vecinos, que se juntaron para criar las vicuñas de manera natural. Juanjo, el papá de Cata, los ayudó y, claro, se quedó tan encariñado con ellos, que dos veces al año, en mayo y en diciembre, vuelve para pesar y vacunar a los animales.

Desde hace dos años, el papá de Cata no va solo a Molinos. La primera vez fue Cata la que insistió, y él no pudo negarse. Tanto le gustó ese viaje a Cata que, en la segunda ocasión, invitó a sus amigos: Nacho, Ema y Leo.

Cuando la fecha para ir a Molinos se acerca, los chicos se ponen más y más ansiosos porque, además de todas las cosas súper divertidas que ocurren en ese viaje, allí tienen una amiga muy especial: Panchita.





Panchita parece una vicuña común y corriente. La primera vez que Cata fue a Molinos, la vio corriendo por el campo igual que las demás. Pero cuando hubo que hacerles el control veterinario, ¡qué sorpresa le dio!

La vicuña dejó que la pesaran sin problemas. El lío fue cuando quisieron vacunarla, porque se movía de acá para allá. No había forma de sostenerla; parecía que tenía miedo al pinchazo.

—¿Las vicuñas les tienen miedo a las vacunas, papá? —preguntó Cata.

—Que yo sepa, no —le respondió él—, pero parece que esta es la excepción.

Cata miró de cerca a ese animalito tan lindo y de pronto, ¡zas!, ¡la vicuña le guiñó un ojo!

A Cata le pareció imposible... ¿Le había guiñado un ojo a ella? ¿Las vicuñas guiñan los ojos? Todo era muy extraño... En eso, Cata oyó una vocecita:

—Ps, ps, ps... ¿Me oís, Cata?

¡La vicuña le estaba hablando! Muy bajito, sí, pero le hablaba...





Cata se acercó.

—¿Cómo sabés mi nombre? —le preguntó.

—¿Y cómo no lo voy a saber?! Acá todos te nombran a cada rato.

Yo me llamo Panchita, mucho gusto —dijo la vicuña con su voccecita graciosa.

—¿Y por qué te movés tanto? No me vas a decir que te dan miedo las vacunas, ¿no? —quiso saber Cata.

—No, miedo no me dan. Bah, un poquito sí, pero si me acompañás, me quedo quietita, te lo prometo —le aseguró Panchita.

Cuando el papá de Cata volvió con dos ayudantes, Panchita y la nena estaban esperándolo muy tranquilas.

Al final, la vacuna no le dolió nada a Panchita y, desde ese momento, se hizo súper amiga de Cata. En el viaje siguiente, Cata le presentó a Leo, Ema y Nacho, y Panchita enseguida entró en confianza con ellos.

Panchita adora a los chicos y, cada vez que oye el sonido del motor de la camioneta del papá de Cata, corre al alambrado para saludar a sus amigos de Salta.



Esta vez, como el día estaba muy lindo, Cata, Ema, Nacho y Leo pudieron viajar con las ventanillas abiertas. ¡Qué fiesta! Cuando llegaron a Molinos, tenían el pelo revuelto y los cachetes colorados.

Panchita fue a recibirlos.

—¿De dónde vienen? ¿Los agarró un viento fuerte? —les preguntó a punto de soltar una carcajada.

Pronto llegaría el momento en que la gente forma una ronda para hacer entrar a los animales en el corral, y los chicos no querían perderse el espectáculo.

Panchita, atolondrada como es, salió corriendo y, sin darse cuenta, se mezcló con las otras vicuñas. Nacho y Ema fueron detrás de ella, pero se toparon con un alambrado y no pudieron seguir.

Entonces, se les ocurrió rodear el alambrado para alcanzar a Panchita. Se alejaron bastante y, en un momento, se dieron cuenta de que no sabían dónde estaban. Y ahora... ¿qué iban a hacer? Caminaron un rato más y vieron, allá a lo lejos, un grupo de gente que parecía estar festejando algo. Sin pensarlo mucho, se encaminaron en esa dirección.





Era un grupo de vecinos de Molinos que ofrecía frutos, tejidos y pan a la Pachamama, que es la Madre Tierra. Esta ceremonia es muy importante y siempre se realiza antes de llevar las vicuñas al corral. ¡Fue muy especial para Ema y Nacho compartir esa celebración con la gente del lugar!

Mientras tanto, Cata y Leo se preparaban para ayudar a Juanjo. Él les explicó cómo se usaba la balanza y cuál era el peso adecuado de cada vicuña, según su edad. Cata y Leo aprendían un montón de cosas nuevas, y no veían la hora de compartir con sus amigos todo lo que estaban descubriendo.

Cuando terminó la ceremonia de la Pachamama, Ema y Nacho rodearon de nuevo el alambrado. Estaban ansiosos por reunirse con sus amigos y contarles todo.

¡De cuántas cosas iban a hablar cuando se encontraran!

Cada cual relataría su historia, la historia de una tarde llena de aventuras...



Entre todos, **narren** oralmente esta historia y **comenten**:

¿qué parte les gustó más?



Averigüen de qué otros animales, además de la vicuña, se obtiene lana.